

DYLAN RILEY

LOS HEREDEROS DE BERNSTEIN*

En la década de los noventa se desarrollaron dos predicciones opuestas sobre el destino de la socialdemocracia. La primera sostenía que, libre de la pesadilla estalinista (algunas veces también ampliada a la «marxista»), la socialdemocracia podía florecer ahora, al menos en su tierra natal europea. La segunda mantenía que el proyecto de reforma del capitalismo probablemente iba a entrar en un periodo de agudo declive con el colapso de la Unión Soviética y el fin del largo *boom* económico. Este debate ahora está mayormente acabado a medida que la crisis del Estado del bienestar se vuelve cada vez más evidente. Ahora la cuestión es cómo explicar este resultado y cómo valorar sus probables consecuencias. Dos libros que han aparecido en los últimos años proporcionan unas respuestas estimulantes aunque claramente diferentes: *The Primacy of Politics*, de Sheri Berman, una estrella en ascenso en los círculos académicos estadounidenses y frecuente colaboradora de *Dissent*; y *The Death of Social Democracy*, de Ashley Lavelle, un tenaz trotskista australiano. El libro de Berman, interesante y escrito con esmero, sugiere que la socialdemocracia —no el liberalismo o el marxismo— fue la verdadera vencedora de la «edad de los extremos»; pero la amnesia de la izquierda sobre este triunfo histórico ha llevado a una debilitadora pérdida de voluntad. El contundente e inteligente libro de Lavelle sostiene, al contrario, que los logros de la socialdemocracia, incluso en el entorno favorable del largo *boom* económico fueron extremadamente modestos. Con el comienzo del largo declive las condiciones económicas que hicieron posible el proyecto de reformar el capitalismo han desaparecido para no volver más.

Estos libros son producto de culturas políticas muy diferentes. Berman escribe desde una posición generalmente favorable a la socialdemocracia. Pero hay dos características que distinguen su particular posición: su insistencia en que los problemas de la izquierda se han derivado en gran medida de su anticapitalismo, y su adscripción al pensamiento comunitario

* Sheri Berman, *The Primacy of Politics: Social Democracy and the Making of Europe's Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, 240 pp.

Ashley Lavelle, *The Death of Social Democracy: Political Consequences in the 21st Century*, Ashgate, Aldershot, 2008, 234 pp.

del tipo de Michael Walzer. De esta última característica viene su creencia en que la gente tiene una «necesidad psicológica profundamente asentada e imposible de erradicar de sentirse parte de una amplia comunidad», una visión que la conduce a un análisis a menudo sorprendentemente positivo del fascismo. El texto de Lavelle, por el contrario, está escrito desde la perspectiva del ala de Tony Cliff del Partido Socialista de los Trabajadores. Se trata de una forma muy específica de trotskismo que mantiene, contra el propio Trotsky, que la URSS y los Estados del bienestar de Europa Occidental eran diferentes formas de capitalismo de Estado. ¿Qué clase de interpretación de la socialdemocracia producen estas posiciones?

El libro de Sheri Berman sostiene que la socialdemocracia «fue la ideología y el movimiento con mayor éxito del siglo xx: sus principios y políticas reforzaron el periodo más próspero y armonioso de la historia europea reconciliando cosas que hasta entonces parecían incompatibles: un sistema capitalista eficaz, la democracia y la estabilidad social». *The Primacy of Politics* desarrolla su argumento en siete fundamentados capítulos, una introducción y una conclusión. Los tres primeros trazan el desarrollo del «revisiónismo» anterior a 1914 en sus formas democrática, revolucionaria y nacionalista. Los capítulos quinto y sexto analizan el desarrollo de una posición distintivamente socialdemócrata en el periodo entreguerras, y el ascenso del fascismo. El capítulo séptimo, «La excepción sueca», examina la historia del Sveriges Socialdemokratiska Arbetareparti (SAP). Después de abandonar pronto su bagaje marxista, esta organización estuvo bien situada para bloquear el paso al fascismo sueco. El capítulo final trata brevemente el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, mientras que las conclusiones reflexionan sobre las razones del malestar socialdemócrata contemporáneo.

La narrativa principal de *Primacy of Politics* es la de un triunfo de la socialdemocracia sobre el liberalismo y –especialmente– sobre el marxismo, al que Berman resume como la visión de que «la historia estaba impulsada por el desarrollo económico y el conflicto de clase que él generaba». En su relato, el marxismo creó tres grandes problemas para los socialistas de finales del siglo xix. El primero es que proporcionaba un análisis extremadamente engañoso de las dinámicas de la sociedad moderna, prediciendo equivocadamente que el orden social estaba dividiéndose en dos campos hostiles. El segundo era que ofrecía poco en cuanto a la estrategia política, proporcionando en vez de ello un «consejo de pasividad» en vistas a la inevitable y venidera «crisis del capitalismo». En tercer lugar, el marxismo era culturalmente débil: no podía dar respuesta a las «necesidades psicopolíticas de las poblaciones sometidas a una tensión económica y social». Berman sostiene que en respuesta a estas insuficiencias se desarrollaron dos movimientos revisionistas: el revisionismo democrático que conducía a una plena socialdemocracia, y el revisionismo revolucionario que conduciría al fascismo y al bolchevismo. La figura clave en el campo del democrático revisionista es Eduard Bernstein. En su versión, Bernstein rechazaba la afirmación del materialismo dialéctico de que el socialismo era

un resultado inevitable del desarrollo capitalista y en vez de ello abogaba por «un activista sendero político al socialismo» que encarnara la «primacía de la política». Aún más, Bernstein abandonó la doctrina de la lucha de clases, manteniendo en vez de ello que el socialismo debería ser puesto en práctica a través de la «cooperación interclasista» entre «individuos [...] motivados por sus ideales y por una visión de un mundo mejor». De ese modo también reemplazó el conflicto de clase con el «comunitarismo». Esta doble inversión, sostiene Berman, puso los fundamentos para una ideología distintivamente socialdemocrática.

Antes de la Primera Guerra Mundial, el revisionismo democrático tomó muchas formas. En Francia estuvo representado por Jean Jaurès, que buscó vincular el socialismo con la tradición de la Revolución francesa. En Alemania permaneció siendo una corriente mayormente teórica alrededor del propio Bernstein. En Italia, la figura clave para Berman es Filippo Turati, alabado por tratar de formar una alianza con Giovanni Giolitti (descrito un tanto sorprendentemente como un «carismático liberal»); también alaba a los austro-marxistas por sus análisis del nacionalismo. Berman sostiene que todas estas corrientes muestran que, en las vísperas de la Primera Guerra Mundial, los revisionistas democráticos ya estaban presionando a favor de una estrategia básicamente socialdemócrata en los movimientos obreros de Francia, Italia, Alemania y Austria, aunque fueran frustrados a cada paso por marxistas más ortodoxos. En Francia esto condujo a la expulsión de Millerand del la SFIO. En Italia los antirrevisionistas socavaron las tentativas de Turati de alcanzar una alianza con Giolitti. En Alemania la ortodoxia de Kautsky controló las propuestas de Bernstein de una coalición con la burguesía progresista y la participación en el gobierno.

Más sorprendentemente, Berman interpreta el revisionismo revolucionario de Lenin como igualmente basado en un rechazo del materialismo histórico y de la lucha de clases. Sin embargo, en vez de reemplazar las clases por amplias coaliciones populares el bolchevismo identificó al agente de la transformación social en el partido revolucionario. Berman identifica otro nuevo tipo de revisionismo en los escritos de Georges Sorel que abrazaban una forma de nacionalismo revolucionario basado en una «fusión de las fuerzas antidemocráticas de la izquierda con las de la derecha».

Berman sostiene que durante el periodo de entreguerras el balance de fuerzas cambió cuando el revisionismo democrático «floreció como un movimiento propio» al rechazar abiertamente «los pilares gemelos del marxismo ortodoxo, la lucha de clases y el materialismo histórico» y abrazar «la cooperación interclasista y la primacía de la política». Dos experiencias clave aumentaron el atractivo de estas consignas: la Gran Guerra «había revelado el inmenso poder movilizador del nacionalismo y engendrado a una generación que valoraba la comunidad, la solidaridad y la lucha», dando el *coup de grâce* a la doctrina de la lucha de clases. La segunda es que después de 1929 la llegada de la depresión «hizo que predicar la sumisión a las fuerzas económicas equivaliera a un suicidio político», soca-

vando así lo que Berman considera como la principal afirmación del materialismo histórico. Este era el contexto para la aparición de una teoría socialdemocrática madura, con *Plan du Travail* de Hendrik De Man. La obra sostenía que la cuestión clave para la transformación socialista era la toma de control sobre la producción, no sobre la propiedad; «las nacionalizaciones y las expropiaciones» eran innecesarias ya que «el Estado podía dirigir el desarrollo económico mediante medios menos agresivos».

Desafortunadamente, en opinión de Berman, el funesto efecto de la ortodoxia marxista de nuevo evitó que esta considerable herencia ideológica diera sus frutos. En Francia, el compromiso residual de Leon Blum con los preceptos marxistas le impidió abrazar el *planisme*. En Italia los maximalistas se negaron a explotar las oportunidades democráticas abiertas por el periodo de la posguerra. En Alemania, Rudolf Hilferding atacó los planes de creación de empleo de Wladimir Woytinsky. En resumen, debido a su implacable ortodoxia, la izquierda cedió terreno a la derecha radical. El fascismo, según Berman, fue capaz de ocupar este espacio porque ofrecía la respuesta política más adecuada al caos del periodo de entreguerras. Por el contrario, los partidos socialistas ortodoxos combinaban un compromiso retórico con el socialismo con una incapacidad para proponer estrategias eficaces. El fascismo italiano, interpretado por Berman como un producto del revisionismo de Sorel, fue capaz de ocupar este vacío uniendo «una crítica fundamental del orden liberal reinante y de los “excesos” del capitalismo con un compromiso con la propiedad privada y una afirmación de representar a todo el pueblo italiano». Igualmente, la política nacionalsocialista estaba basada en la separación de la propiedad capitalista del control de la gestión, como había propuesto De Man: los negocios privados fueron autorizados a retener sus beneficios, pero sus decisiones de inversión y políticas salariales estaban severamente limitadas por el Estado. Berman contrasta los fracasos de entreguerras de la izquierda en Italia y Alemania con el resultado en Suecia, donde el SAP había abandonado tanto el materialismo histórico como la lucha de clases ya en la década de 1890, y se presentaba a sí mismo como un reformista «partido popular». Esto permitió al SAP responder a la Gran Depresión promoviendo planes de creación de empleo, defendidos en otros sitios por la extrema derecha. En resumen, Suecia pudo evitar el interludio fascista porque el SAP abrazó el revisionismo democrático sin reservas y se había deshecho del marxismo ortodoxo.

Berman sugiere que en el periodo de la posguerra los partidos socialistas por toda Europa habían aprendido la lección de la socialdemocracia. Algunas versiones del keynesianismo y del Estado del bienestar se consolidaron en Italia, Francia y Alemania, representando «un claro triunfo de los principios socialdemócratas, aunque paradójicamente no fue tanto un triunfo de los propios socialdemócratas, tanto porque muchos en la izquierda continuaron por aferrarse a enfoques ideológicos menos prometedores y porque muchos no-izquierdistas se movieron rápidamente para apropiarse de puntales básicos del programa socialdemócrata». La victoria de la

socialdemocracia como un amplio conjunto de principios, combinado con la derrota relativa de los propios socialdemócratas, creó una grave debilidad, porque su éxito práctico «nos ha llevado a olvidar el logro histórico que supuso». Por ello, la ideología política de más éxito del siglo xx ha quedado en gran parte falta de reconocimiento, conduciendo a una contemporánea pérdida de voluntad política. Así, para la perspectiva de Berman la recuperación de esta tradición intelectual es también un acto de recuperación política.

Mientras que Berman se centra en el periodo que va desde 1890 hasta la década de 1970, el libro de Ashley Lavelle se concentra en el desarrollo de los partidos socialdemócratas desde la década de 1970 hasta el presente; un periodo que constituye un colofón un tanto embarazoso para *The Primacy of Politics*. El argumento que Lavelle desarrolla en *The Death of Social Democracy* es casi diametralmente opuesto al de Berman. Lavelle sugiere que lejos de abrazar la primacía de la política, los socialdemócratas han estado totalmente dependientes de los ritmos marcados por el capitalismo internacional. Por ello, afirma, las «boyantes condiciones económicas» entre 1945 y 1973 «permitieron a los socialdemócratas cierto grado de éxito». A medida que a partir de 1974 los índices de crecimiento declinaban en el mundo capitalista, todos los partidos que estudia Lavelle —los partidos laboristas de Gran Bretaña y Australia, el Sozialdemokratische Partei Deutschlands (SPD), el SAP sueco— restringieron los «planes de reforma» y en vez de ello pusieron en práctica medidas «perjudiciales para sus electorados naturales». Cuando se vieron obligados a elegir entre «ser gestores responsables del capitalismo o defensores de políticas para elevar los niveles de vida de los trabajadores» eligieron lo primero. Sin embargo, las condiciones económicas que sostuvieron el *boom* económico de la posguerra y que hicieron posibles las políticas socialdemócratas no volverán. El dinamismo capitalista en el cuarto de siglo después de la Segunda Guerra Mundial fue el resultado factores contingentes: la masiva destrucción de instalaciones y equipo durante la guerra, el estímulo de la carrera de armamentos de la Guerra Fría y el Plan Marshall. Se trataba de «circunstancias únicas», que «no es probable que se repitan otra vez». En consecuencia, Lavelle rechaza cualquier intento de renovar el proyecto socialdemócrata. De hecho va más allá, sosteniendo que los partidos socialdemócratas se han vuelto «impedimentos para la construcción de un mundo mejor». Como señala, «la posición tomada en este libro es una posición radical precisamente porque desecha un renacer de la socialdemocracia. No puede haber una vuelta atrás porque la base económica desde la que la socialdemocracia podría proporcionar una alternativa al neoliberalismo no puede ser restaurada».

En *Death of Social Democracy* de Lavelle un resumen de los argumentos teóricos va seguido por estudios concretos sobre Australia, Gran Bretaña, Alemania y Suecia, cada uno de ellos dividido en dos capítulos, uno que narra el colapso de la socialdemocracia y el otro que traza sus consecuencias políticas para el país en cuestión. Aunque Lavelle no es explícito sobre

el diseño comparativo de su estudio, su lógica sugiere una versión del método de acuerdo de John Stuart Mill, investigando las maneras en que un conjunto de casos altamente divergentes producen un resultado similar: en este caso la «muerte» de la socialdemocracia. Para Lavelle, las condiciones que comparten estos partidos –en concreto, su común dependencia de las dinámicas del capitalismo mundial– son las que explica su colapso.

El Partido Laborista Australiano obtuvo la victoria en las elecciones de 1972 con un programa reformista bajo el liderazgo de Gough Whitlam; el partido fue apartado del poder en 1975 por el gobernador general. Cuando regresó al poder en 1983 con Bob Hawke emprendió una serie de políticas neoliberales: privatización de las líneas aéreas Qantas y del Commonwealth Bank, desregulación y austeridad. De acuerdo con Lavelle, la neoliberalización del PLA acabó castigada con una derrota electoral en 1996, en la que la coalición de derecha obtuvo un porcentaje de votos sustancialmente mayor de la clase obrera manual que su rival. La militancia en el partido ha decaído desde los 300.000 miembros durante la Segunda Guerra Mundial a una mísera cifra de 38.000 en 2003, mientras que las alternativas tanto por la izquierda (el Partido Verde) como por la derecha (el partido Una Nación de Pauline Hanson) han crecido sustancialmente.

En Gran Bretaña, el laborismo obtuvo la victoria en 1974 con «un programa radical para nacionalizar las 25 empresas británicas de mayor importancia y dar lugar a un “cambio fundamental e irreversible de la riqueza y del poder a favor de la gente trabajadora”». Desde luego de hecho rápidamente dio un giro de 180 grados, puso en práctica las medidas de austeridad del FMI y se lanzó a una enconada lucha contra los sindicatos del sector público. Después de perder el poder frente a Margaret Thatcher en 1979, inicialmente el partido giró hacia la izquierda. Pero a partir de 1983, bajo el liderazgo de Neil Kinnock, el laborismo se desplazó decisivamente hacia la derecha. La creación del Nuevo Laborismo con Blair y Brown radicalizó este giro; el nuevo gobierno elegido en 1997 abrazó todos los elementos centrales del thatcherismo. Lavelle señala, sin embargo, que el laborismo solamente obtuvo el 43,2 por 100 del voto en 1977, un porcentaje considerablemente menor que las victorias de Clement Attlee y Harold Wilson, y realmente menos votos que en las elecciones perdidas por Kinnock frente a John Major en 1992. La militancia en el partido laborista también se ha derrumbado desde un millón de personas en los años cincuenta a menos de 200.000 en 2006. A pesar de los obstáculos planteados por el sistema británico de «el primero se lo lleva todo», Lavelle sugiere que tanto el partido antiguerra Partido del Respeto por la izquierda como el Partido Nacional Británico por la derecha han ganado cierto apoyo.

En Alemania Lavelle sitúa el giro a la derecha del SPD ya a mediados de los años setenta, una trayectoria que se intensificó a partir de 1982, durante los dieciséis años del partido en la oposición. Cuando en 1998 el SPD regresó al poder con Gerhard Schröder su corazón socialdemócrata se había debilitado. La estrategia del *Neue Mitte* pedía «apoyo para un gobier-

no más pequeño, fomentar unas relaciones más estrechas con los dirigentes empresariales, y la aceptación de las limitaciones de la globalización». También aquí el partido sufrió enormemente por su giro neoliberal, especialmente a nivel regional y local. En 1998 el SPD derrotó a los cristiano-demócratas por un porcentaje del 18 por 100 entre los trabajadores manuales, pero en 2005 esta ventaja se había diluido hasta solo el 5 por 100. Desde luego, la razón estaba en la puesta en práctica por parte de Schröder las duramente criticadas leyes Hartz. El SPD también afrontó un declive a largo plazo de la militancia. En 1990 el partido todavía tenía más de 900.000 miembros, pero en 2005 se había quedado con 600.000, una cifra todavía bastante sustancial en comparación con el Nuevo Laborismo o el Partido Laborista Australiano. El argumento de Lavelle de que el declive socialdemócrata produce la polarización política puede señalar a la creación de Die Linke en 2005 y al ligero ascenso del apoyo para el neonazi Nationaldemokratisches Partei Deutschlands.

El recorrido de la socialdemocracia sueca sigue una trayectoria similar. Después de la derrota en las elecciones de 1976, el SAP se desplazó a la derecha durante sus años en la oposición. Cuando regresó al poder el partido liberalizó los controles del capital, impuso limitaciones a los salarios y recortó los déficits. En los años noventa su liderazgo había rechazado abiertamente el keynesianismo. Mientras tanto, el electorado del SAP había caído desde un máximo del 45 por 100 del voto en la década de 1930, al 37,5 de la de 1990, acompañado de una espectacular caída de su militancia: de más de un millón en 1990 a 152.000 en 2003. El resultado en Suecia, como en otros lugares, ha sido la aparición de los Verdes y de los partidos a la izquierda y a la derecha del SAP que recogen cierto apoyo.

¿Cómo se explican estas trayectorias? Lavelle considera cuatro posibles factores: el ascenso de la ideología neoliberal, la globalización, los determinantes electorales y el final del *boom* económico de la posguerra. Solamente el último, sostiene, constituye una «explicación última», mientras que las otras son «aproximadas». Aunque Lavelle no es suficientemente explícito sobre el modelo subyacente en su trabajo, parece ser en líneas generales el siguiente. Desde la década de 1980, la llegada del largo declive económico creó un entorno favorable al neoliberalismo al que se consideró que ofrecía una «solución a la crisis estructural». La globalización, levantando las barreras para la inversión extranjera, fue a su vez una estrategia neoliberal para volver a poner en marcha el crecimiento económico. Pero a medida que los partidos socialdemócratas adoptaron estas políticas, se fueron socavando sus relaciones con la clase trabajadora. Este desalineamiento obligó a los partidos a desplazarse hacia la derecha, a la búsqueda de votos fuera de su electorado básico; un movimiento que mayormente ha fracasado en términos electorales conduciendo a una mayor erosión de los partidos y a una «polarización» del espectro político. El objetivo de Lavelle, entonces, no es tanto desechar las explicaciones alternativas como relacionarlas con las condiciones económicas subyacentes. Su conclusión política no podría ser más clara: la socialdemocracia no puede ser salvada

y no merece la pena hacerlo. Advierte que «es utópico mantener cualquier esperanza en que los socialdemócratas harán una sociedad más imparcial y más justa». Es difícil imaginar un argumento más claramente contrario al de Berman.

Tomados juntos, estos libros plantean tres temas básicos. El primero es una cuestión de significado: ¿qué es la socialdemocracia? El segundo es un problema de análisis: ¿cómo habría que entender el ascenso y declive de este movimiento político en particular? El tercero se refiere a los resultados: ¿cuáles han sido las consecuencias para la política contemporánea del colapso de la socialdemocracia? Responderé a estas preguntas de una empujando con la del término en sí mismo. Berman la define como «una alternativa por derecho propio tanto al marxismo como al liberalismo que tuvo en su centro una distintiva creencia en la primacía de la política y en el comunitarismo». En ocasiones, añade otras dos características a su definición: un compromiso con la democracia y el reconocimiento de que el capitalismo es la única alternativa. Un problema inmediato de este enmarcado es que presta poca atención a la íntima conexión histórica entre la socialdemocracia como movimiento político y el marxismo como teoría social. Todos los grandes políticos marxistas, desde Lenin a Turati y Luxemburg se consideraron a sí mismos miembros de un movimiento político más amplio llamado socialdemocracia, el mayor de los partidos marxista en líneas generales del mundo antes de la Primera Guerra Mundial era el Partido Socialdemócrata Alemán. Uno nunca sabría eso leyendo *The Primacy of Politics*, donde Berman nunca traduce el acrónimo SPD y cuyo índice misteriosamente se refiere a esta organización como el Partido Socialista Alemán. Lenin era el líder del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso, y ¿*Qué hacer?* recluta al socialdemócrata marxista Karl Kautsky contra el revisionismo de Bernstein. Incluso después de la histórica escisión del movimiento en torno a la Primera Guerra Mundial y a la Revolución rusa, marxistas autoproclamados dirigieron gobiernos socialdemócratas en Alemania y Austria. De hecho lo que Berman ha hecho es proyectar una división, que se desarrolló solamente a partir de 1914 y que todavía seguía evolucionando a comienzos del periodo de entreguerras, de vuelta a finales del siglo XIX. Las consecuencias de esta arbitraria y ahistórica oposición entre marxismo y socialdemocracia están exacerbadas por la sumamente reductiva e idiosincrática interpretación que hace Berman del marxismo. Para ella,

las características más distintivas de esta doctrina eran el materialismo histórico y la lucha de clases, que combinadas sostenían que la historia estaba impulsada no por los cambios en la conciencia o en el comportamiento humano, sino por desarrollos económicos y los resultantes cambios en las relaciones sociales.

En la interpretación de Berman, el defecto político central del marxismo es su «pasividad»: un «economismo pasivo» que ofrece un «consejo de pasividad». En apoyo de esta opinión cita un pasaje descontextualizado del *Anti-Dühring* de Hegel y el panfleto de Kautsky, *La lucha de clases*, pero no ofrece ninguna exposición seria de la obra del propio Marx.

Ni Marx ni cualquiera de los principales pensadores marxistas, Engels incluido, se reconocerían en esta caricatura. Las *Tesis sobre Feuerbach* de Marx, normalmente consideradas como un documento fundador del materialismo histórico son un himno al intervencionismo activo: «el principal efecto de todo el materialismo existente hasta ahora» es que la realidad «está concebida sólo en la forma del objeto o de contemplación, pero no como una actividad, como una práctica humana sensorial»; la cuestión no es solamente interpretar el mundo, sino «cambiarlo». Todavía más extraña es la afirmación de Berman de que «el marxismo ortodoxo en general tenía poco que decir sobre el papel de las organizaciones políticas, ya que consideraba que las fuerzas económicas en vez del activismo político eran el principal motor de la historia». Esto supone ignorar la inmensa cantidad de tiempo que Marx y Engels dedicaron a construir la Liga Comunista y después la Internacional; por no mencionar *El Manifiesto comunista* y la *Crítica del programa de Gotha*. Los problemas de la organización política eran fundamentales para Kautsky en *El camino al poder* y en los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci.

Con base en esta caricatura del marxismo Berman construye su híbrida idea del «revisionismo», que obtiene coherencia exclusivamente de su contraste con su inventada ortodoxia: cualquier pensador socialista importante que rechace el absoluto determinismo económico y reconozca las «posibilidades de la acción política fundada y decidida» se convierte por definición en revisionista. Naturalmente esto crea una categoría muy extraña que incluye a figuras tan absolutamente divergentes como Bernstein, De Man, Gramsci, Lenin y Sorel. Para poner algún orden en esta forzada construcción, Berman introduce un nuevo conjunto de distinciones dentro del campo revisionista entre sus formas comunista, democrática y nacionalista. Esto tiene poco que ver con lo que el revisionismo significó en la realidad histórica. El referente original fue el ala derecha del SPD, unas posiciones que fueron articuladas por primera vez por Eduard Bernstein en el Congreso del Partido en 1898. La facción revisionista demandaba que el SPD abandonara el discurso revolucionario y se comprometiera con el reformismo parlamentario. Obviamente, Lenin, Gramsci y Sorel se situaron en este sentido en el extremo contrario del espectro ideológico del revisionismo, porque todos eran revolucionarios de diferente tipo.

¿Por qué Berman no hace hincapié simplemente en un linaje más directo desde Bernstein a la democracia de la posguerra? Para responder a esta pregunta se necesita regresar a su específica formación intelectual. Lo que ella quiere hacer realmente es establecer que lo que diferenció a la socialdemocracia del liberalismo y del marxismo no fue solamente el parlamentarismo, sino el comunitarismo y la «primacía de la política». El problema es que la tradición histórica de la socialdemocracia reformista no ha estado particularmente marcada por ninguna de estas características. Realmente las corrientes políticas más cercanas a la versión de Berman del marxismo ortodoxo (particularmente Kautsky), estaban entre los precursores más influyentes de la socialdemocracia de la posguerra. Lejos de ver ninguna

contradicción entre su economismo marxista y su práctica reformista (incluso cuando suponía alianzas interclasistas o la utilización del Estado para alcanzar reformas sociales), a menudo vincularon lo segundo con lo primero. De todos es conocido que Kautsky rechazó las tácticas revolucionarias de Lenin porque le proletariado ruso constituía una minoría de la población. El poder había que ganarlo solamente cuando los trabajadores manuales, organizados en un partido socialista de masas, lo pudieran ganar mediante el sufragio universal. En cualquier relato históricamente fiel de los orígenes doctrinales del reformismo socialdemócrata, Kautsky tendría que ocupar un lugar central; pero esto hace que la idea de la socialdemocracia como una alternativa no marxista carezca de sentido.

La elevación que hace Berman de Hendrik de Man a la posición de decisivo precursor doctrinal de la democracia de la posguerra puede entenderse como una compensación por el enorme agujero dejado por la eliminación del kautskismo; pero la idea de que De Man tuvo una gran influencia sobre la socialdemocracia es difícil de aceptar. Desde luego *Planisme* estuvo de moda durante los años treinta, pero tenía tantas conexiones con el fascismo como con la socialdemocracia. Realmente la propia Berman reconoce esto, sugiriendo que «una apreciación de la naturaleza y del significado de los programas del fascismo y de nacionalsocialismo es necesaria no sólo para entender su éxito durante los años de entreguerras: estos programas también ayudaron en décadas posteriores a dar forma a la trayectoria de sus naciones». De repente parece que no fueron los «principios y propósitos» de la socialdemocracia, sino más bien los del fascismo los que «respaldaron el periodo más próspero y armonioso de la historia europea».

El que semejante interpretación sea posible señala un problema analítico fundamental: los dos pilares de la noción de Berman de socialdemocracia (la primacía de la política y el comunitarismo) no tienen ninguna relación evidente entre sí; tampoco se vinculan claramente con el «capitalismo» y con la «democracia». Como ella misma admite, un compromiso con la primacía de la política era una de las características definitorias del leninismo, pero eso estaba asociado con un tenaz rechazo, no aceptación, del capitalismo. De Man combinó tres de los principios socialdemócratas de Berman, la primacía de la política, el comunitarismo y la aceptación del capitalismo, pero rechazó el cuarto, la democracia, a favor del fascismo. Carlo Roselli, al que Berman considera como un importante precursor socialdemócrata, rechazó el marxismo, pero retuvo un compromiso con el socialismo. En resumen, las diversas dimensiones del concepto de Berman de socialdemocracia están vagamente conectadas y no sirven para identificar una verdadera tradición intelectual.

Lavelle tiene una visión más matizada de la relación históricamente específica entre el marxismo y la socialdemocracia. Sin embargo, su análisis de la segunda une dos significados completamente diferentes. El primero, siguiendo a Ian Birchall, define la socialdemocracia como un movimiento de la clase trabajadora, parlamentario y reformista, comprometido con el socialismo; desde esta perspectiva como mejor se entiende es como una

estrategia política. Compitiendo con esta definición está otra bastante diferente que Lavelle identifica con un conjunto de políticas públicas: redistribución de la riqueza, intervención del Estado «para ocuparse del fracaso del mercado» y de «la provisión de mejor asistencia sanitaria, educación y bienestar». Estas dos definiciones, hay que señalar, no se implican la una a la otra. El socialismo parlamentario no necesitaba conducir a una política de utilización del Estado para poner en práctica reformas sociales, especialmente si estas se consideran fortalecedoras del capitalismo. A la inversa, un compromiso con las políticas de redistribución no necesita tener una conexión en absoluto con el socialismo como ideal. Realmente, de acuerdo con la segunda definición de Lavelle, el Partido Demócrata de Estados Unidos podría identificarse como una fuerza socialdemócrata.

Esto crea una nueva ambigüedad sobre exactamente a qué muerte de la socialdemocracia se está refiriendo. El análisis de Lavelle destaca los contratiempos electorales y el declive de la militancia en el partido. Sin embargo por lo que se refiere a ganar elecciones, no está claro el que haya habido ningún deslizamiento a largo plazo para los partidos de la Internacional Socialista. Como señala el propio Lavelle, «Blair ganó tres elecciones generales consecutivas (1997, 2001 y 2005) por primera vez». El Partido Laborista Australiano ganó las elecciones durante los años ochenta y noventa y regresó al poder en 2007. El Partido Socialista Francés domina actualmente todos los niveles de la administración política, desde los municipios a las regiones, la Asamblea Nacional, el Senado y el Elíseo. En 1998 Schröder se convirtió en el primer canciller del SPD en más de década y media; el SPD está en el gobierno en 12 de los 16 Länder. El SAP sueco también continúa siendo la fuerza electoral dominante en el país. La idea de que estos *partidos* han sufrido masivamente en términos electorales por sus políticas neoliberales parece estar desmentida por los hechos.

¿Qué pasa con la erosión de la militancia en el partido? Aquí la evidencia de Lavelle es sorprendente. Pero el declive de la militancia partidista ha sido una característica general de todos los partidos políticos de Europa occidental desde 1980. Lavelle sistemáticamente pasa por alto este hecho, sosteniendo que durante el mismo periodo han crecido fuerzas políticas alternativas. Pero partidos como los Verdes o las diversas izquierdas que han surgido por toda Europa no sustituyen en ningún sentido a las organizaciones de masas del periodo de la posguerra. Realmente es difícil escapar a la conclusión de que el languidecimiento de la socialdemocracia es parte de un declive mayor del partido de masas como forma política. Lavelle es consciente de estos problemas buscando razonablemente diferenciar la muerte del «contenido socialdemócrata de estos partidos» de la de las propias organizaciones. Esto resulta convincente solamente en términos de la primera definición de la socialdemocracia, como una estrategia para alcanzar el socialismo. Funciona peor para su segunda especificación, la socialdemocracia como movimiento político comprometido con la reforma del capitalismo. La utilización del gobierno para redirigir los fracasos del mercado y una defensa general de algún tipo de Estado del

bienestar es bastante habitual entre las corrientes de centroizquierda actuales. Quizá sea incluso más importante que muchas de las fuerzas políticas a las que Lavelle considera alternativas a la socialdemocracia (como los Verdes) propugnen prácticamente el mismo programa político.

La utilización que hacen Lavelle y Berman del término «socialdemocracia» crea tensiones entre los significados históricos y teóricos. Mientras que Berman interpreta a la socialdemocracia del siglo XIX y comienzos del XX utilizando las categorías del centroizquierda de mediados del siglo XX, Lavelle interpreta al centroizquierda de mediados del siglo XX utilizando los criterios del socialismo anterior a la guerra. Por ello en los dos libros hay una curiosa y simétrica inversión de las categorías interpretativas y del foco empírico. Ninguno de los dos enfoques puede tratar adecuadamente lo que sin duda debe ser uno de los elementos claves en la historia de la socialdemocracia: su cambiante significado en el transcurso de alrededor de 120 años, desde una estrategia para alcanzar el socialismo a un programa político para gestionar el capitalismo. Es necesario un análisis más complejo, realmente dialéctico. Semejante análisis en vez de ofrecer una definición «ahistórica», buscaría sistemáticamente vincular luchas políticas concretas para alcanzar objetivos socialdemócratas con batallas intelectuales sobre cuál debería ser la naturaleza de esos objetivos.

Pero quizá más importantes sean las explicaciones que cada uno de ellos ofrece sobre el recorrido de este movimiento político. A primera vista los dos relatos no podrían ser más diferentes. Para Lavelle, la socialdemocracia ha demostrado repetidamente una llamativa incapacidad para alcanzar sus propios objetivos. Para Berman, la socialdemocracia tuvo éxito cuando fue capaz de luchar por un programa político independiente, no ensuciado por el marxismo; donde sucedió esto, los socialdemócratas pudieron abrazar por completo el comunitarismo y robar el nacionalismo a la derecha. Su argumento descansa en dos clases de evidencias: el caso de Suecia, donde el SAP fue capaz de constituirse a sí mismo como un «partido popular» y formar una alianza con el campesinado para presionar a favor de amplias reformas sociales; y los casos de Italia y Alemania, donde la escisión entre los partidos comunistas y socialistas bloqueó semejante formación y abrió el camino para el fascismo. Este enfoque presenta varios problemas. El primero, la propia comparación está forzada ya que una de las razones por las que el SAP pudo formar una alianza con los agricultores es que Suecia carecía de una clase de grandes terratenientes equivalentes a los *Jünkers* alemanes o a los *latifondisti* italianos, cuyo dominio sobre empobrecidas poblaciones rurales podía constituir las reservas de apoyo para proyectos reaccionarios en tiempos de crisis. Al margen de cualquier diferencia ideológica, el medio rural sueco era objetivamente mucho más fácil de organizar para la izquierda que sus contrapartidas alemana e italiana.

En segundo lugar, el intento de Berman de interpretar el fascismo como un partido popular tiende a sobreestimar su grado de apoyo político. Ni

el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán ni el Partido Nacional Fascista italiano llegaron a ganar una mayoría del voto popular en nada parecido a unas elecciones limpias. Un elemento clave para ambos partidos, especialmente para el PNF, fue la utilización de la violencia paramilitar. Berman bosqueja la expansión del PNF en el medio rural de la siguiente manera:

Centrándose especialmente en zonas rurales y agrícolas concretas, que se sentían especialmente ignoradas por el gobierno y amenazadas por los socialistas, y bajo el estandarte de una «guerra contra el bolchevismo», los fascistas a menudo se apoderaron de pueblos enteros como parte de su campaña para restablecer la calma en el campo y ofrecían empleo y otros recursos para ganar seguidores.

Esto está profundamente distorsionado. Las zonas rurales que los fascistas invadieron en 1920 y 1921 estaban mayoritariamente organizadas por el Partido Socialista. La expansión del fascismo en ellas no fue el resultado de una campaña de ley y orden con amplio apoyo, sino una operación militar realizada en alianza con intereses específicos de los terratenientes y respaldada por una organización del partido capaz de encerrar a las masas agrarias dentro de su marco.

Berman también fracasa por completo en registrar la gran responsabilidad de las fuerzas reformistas, tanto en Alemania como en Italia, por la derrota de la izquierda en esos países. La capitulación ante el chovinismo de los partidos de la Segunda Internacional en agosto de 1914 tenía profundas raíces en la tradición del «revisiónismo democrático» que tanto admira Berman. Bernstein fue un entusiasta defensor de la expansión colonial alemana desde finales del siglo XIX, y se suscribió por completo a la ideología de la misión civilizadora del colonialismo europeo de finales del siglo XIX. Este trasfondo imperialista fue una de las razones de la capitulación de la socialdemocracia alemana ante su burguesía nacional; solamente el más radical Partido Socialista Italiano, junto a fracciones representadas en la Conferencia de Zimmerwald, se opusieron a la carnicería. Después de la Guerra, la decisión del gobierno de Ebert-Scheidemann de buscar la «desmovilización ordenada» y soltar a los Freikorps contra la Revolución de Noviembre desempeñó su papel en pavimentar el camino para el fascismo alemán. Igualmente, la negativa de los dirigentes sindicales italianos en 1920 para convertir la ocupación de fábricas en un levantamiento a toda escala posiblemente abrió la puerta a la violencia de las escuadras. En ambos casos, una estrategia de colaboración de clase condujo a la desastrosa conservación de elementos básicos de un orden social profundamente reaccionario.

Berman ofrece un relato tremendamente truncado del periodo de la posguerra, a pesar de reivindicarlo como la era del «triunfo de los principios y políticas socialdemócratas». Pero ¿quiénes fueron los que los llevaron a la práctica? A partir de 1947, los gobiernos estuvieron dominados por los

cristianodemócratas en Alemania e Italia, y principalmente por los gaullistas en Francia. La propia Berman sostiene que

fascistas y nacionalsocialistas fueron los pioneros de un abanico de políticas que incluían el control de la inversión por el Estado, la nacionalización de industrias y el corporativismo [...] Ya que muchas de estas políticas y principios fueron incorporados al orden de la posguerra, cabe decir que los fascistas y los nacionalsocialistas, así como los socialdemócratas, merecen ser incluidos en el árbol familiar.

Cuando los partidos socialdemócratas europeos entraron en el gobierno como declaradas fuerzas reformistas, el rendimiento que obtuvieron fue escaso. Brandt y Schmidt despilfarraron la fuerza electoral del SPD, capitularon ante la OTAN en la *Ostpolitik* y se encontraron sin ideas cuando golpeó la crisis del petróleo. El gobierno de Craxi acabó en una orgía de corrupción, su estilo de gobierno fue el molde para el berlusconismo (Silvio fue un íntimo amigo). Mitterrand echó por la borda el programa electoral del Partido Socialista e impuso la deflación y los recortes salariales. Como la propia Berman admite, se trataba de «deprimientes versiones del mismo tema».

El argumento de Lavelle de que las reformas socialdemócratas dependieron del largo *boom* económico de la posguerra, y llegaron a su fin con el largo empeoramiento que se produjo desde la década de 1970, coincide bastante mejor con la historia real de estos movimientos; y está respaldado por una sustancial cantidad de evidencia. Sin embargo, su posición rigurosamente economicista le lleva a elidir dos fenómenos históricos completamente distintos: el atasco del reformismo, un fenómeno de finales de la década de 1970, y el giro hacia el neoliberalismo que se produjo en las décadas de 1980 y 1990. Los gobiernos de centroizquierda de las décadas de 1960 y comienzos de la siguiente –Whitlam en Australia, Wilson en el Reino Unido, Brandt en Alemania y Palme en Suecia– todavía operaban dentro del marco del progreso sindical, de la inversión del Estado en industrias nacionalizadas y de un Estado del bienestar universal. Sin embargo, desde finales de la década de 1980 los dirigentes de estos partidos habían empezado a abrazar el neoliberalismo (Hawke en Australia, Blair en Gran Bretaña, Schröder en Alemania). El segundo fenómeno es claramente mucho más significativo que el primero pero ¿puede explicarse simplemente como una respuesta al largo empeoramiento económico? En el momento en que Blair tomó posesión, la crisis económica del capitalismo tenía más de dos décadas de existencia. Se podría argumentar que la revolución thatcheriana de la década de 1980 había instalado un nuevo marco político-económico, al que el Nuevo Laborismo simplemente se adaptó. Pero Lavelle insiste en datar la muerte de la socialdemocracia a mediados de la década de 1970.

Más llamativa es la ausencia en los análisis de Lavelle de cualquier discusión sobre el impacto del colapso de la Unión Soviética y del triunfo glo-

bal del capital en la socialdemocracia occidental. La interpretación que hace Lavelle de la Unión Soviética como «una forma capitalismo de “Estado” en el que la relación entre el Estado y el trabajador era equivalente a la que se producía en Occidente entre el propietario y el trabajador de la empresa» le lleva a restar importancia al significado de su caída para los Estados del bienestar occidentales. El cambio desde el atascado reformismo de la década de 1970 al precipitado abrazo del neoliberalismo después del colapso del socialismo de Estado tampoco se recoge ni se explica. En vez de ello, Lavelle trata todo el periodo a partir de 1974 como un periodo de continuo declive.

Estas reflexiones señalan a una debilidad común a ambos libros: ninguno de ellos recoge completa y consistentemente el impacto del declive del socialismo como una realidad y como un ideal de la socialdemocracia. Pero esta debilidad se deriva de dos posiciones políticas totalmente diferentes. Para Berman el problema es que cualquier admisión de la dependencia de la socialdemocracia de cualquier horizonte más allá del capitalismo supondría redimir de alguna manera la tradición marxista. Para Lavelle, admitir que el colapso de la URSS tuvo un efecto negativo sobre la socialdemocracia supondría una justificación retrospectiva de la burocracia estalinista. Cuando entran en una discusión de la política contemporánea, sin embargo, los dos autores ofrecen un panorama sorprendentemente similar. Para ambos el declive contemporáneo de la socialdemocracia favorece la polarización política. Desde la perspectiva de Berman,

como entendieron los fundadores del movimiento socialdemócrata, la gente tiene una necesidad psicológica profundamente asentada e imposible de erradicar de sentirse parte de una amplia comunidad; una necesidad que el creciente alcance de los mercados sólo intensifica, como todo lo que es sólido se desvanece en el aire. Esa necesidad se cubrirá de una manera u otra, y si la izquierda democrática no puede imaginarse cómo hacerlo, fuerzas menos respetables estarán contentas de hacerse cargo de la cuestión.

Lavelle también detecta una creciente polarización entre la izquierda y la derecha, evidenciada por el auge del movimiento por una globalización alternativa y de «políticos populistas y xenófobos». El ascenso de la «derecha radical» en Europa Occidental es desde luego un tema menor para la sociología y la ciencia política. Sin embargo, desde una perspectiva histórica más amplia, lo que es más sorprendente es su relativa debilidad. La propia evidencia de Lavelle muestra que no hubo partidos de extrema derecha en los cuatro casos que estudia que sobrepasaran el umbral del 10 por 100 del voto en una elección nacional, y la mayoría se quedaron bastante por debajo del 5 por 100. En cuanto a la izquierda se pueden encontrar argumentos en el caso alemán donde Die Linke ha sido capaz de sacar provecho de la «muerte de la socialdemocracia», y a este esperanzador movimiento se puede añadir el Frente de la Izquierda en Francia y Syriza en Grecia. Sin embargo, se trata de fuerzas difícilmente de la izquierda radical; más bien lo que representan es la reaparición parcial de

una izquierda verdaderamente socialdemócrata. Con la excepción de Syriza, pocos de estos partidos han obtenido más del 12 por 100 del voto.

¿Por qué tanto Berman como Lavelle fracasan en considerar estos hechos realmente evidentes? Una razón puede ser que interpretan la política contemporánea a través de las lentes distorsionadoras de la década de 1930: la derecha radical contemporánea es tratada como el equivalente funcional del fascismo, y el movimiento antiglobalización y los partidos de la extrema izquierda desempeñan el papel del movimiento revolucionario comunista. Para Berman, la tarea contemporánea de la izquierda es unir a radicales y reformistas dentro de una fuerza socialdemócrata que pueda reformar responsablemente el capitalismo y evitar el aventurismo revolucionario. El proyecto de Lavelle es desarrollar una política seriamente anticapitalista, en parte para combatir el peligro de una creciente marea de la derecha.

Sin embargo, la política contemporánea del mundo capitalista avanzado tiene pocas semejanzas con la del periodo de entreguerras. Durante las décadas de 1920 y 1930, en Italia, Francia y Alemania unas poblaciones superpolitizadas se organizaron en partidos de masas de la derecha y de la izquierda. Por el contrario, una de las características distintivas de la política a comienzos del siglo XXI es lo que Peter Mair ha denominado el «vacío» de organización entre la sociedad civil y el Estado. Cualquier renovación de la política de la izquierda tendrá que empezar por una cuidadosa valoración de este alterado terreno, definido en parte por una crisis de la política como forma de actividad humana. Es poco probable que Bernstein o Lenin puedan ofrecer lecciones directamente aplicables a este contexto.